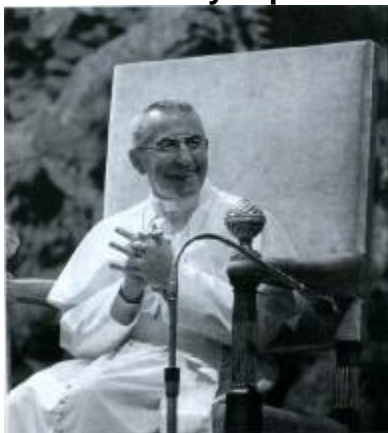


DISCURSOS DE JUAN PABLO I

1. EL PROGRAMA DEL NUEVO PAPA

Primer Mensaje a la Iglesia y al mundo

Venerables hermanos, queridos hijos e hijas de todo el orbe católico: Llamado por la misteriosa y paterna bondad de Dios a la gravísima responsabilidad del



Supremo Pontificado, os damos nuestro saludo; e inmediatamente lo extendemos a todos los hombres del mundo, que nos escuchan en este momento, y a los cuáles, según las enseñanzas del Evangelio nos place considerar únicamente como amigos y hermanos. A todos vosotros nuestro saludo, paz, misericordia, amor: « La gracia del Señor Jesucristo y la caridad de Dios y la comunicación del Espíritu Santo sea con todos vosotros » (2 Cor 13,13).

En el timón de la nave de Pedro Tenemos todavía el ánimo turbado por el pensamiento del tremendo ministerio para el que hemos sido elegido. Como Pedro, nos parece haber puesto los pies sobre el agua movediza y, agitado por el viento impetuoso, hemos gritado con él al Salvador: « Señor, sálvame » (Mt 14, 30). Pero hemos sentido dirigida también a Nos la voz, alentadora y al mismo tiempo amablemente exhortadora de Cristo: « Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado? » (Mt 14, 31). Si las fuerzas humanas, por sí solas, no pueden sostener tan gran peso, la ayuda omnipotente de Dios, que guía a su Iglesia a través de los siglos en media de tantas contradicciones y adversidades, no nos faltará ciertamente, tampoco a Nos, humilde y último servus servorum Dei.

Teniendo nuestra mano asida a la de Cristo, apoyándonos en Él, hemos tomado también Nos el timón de esta nave, que es la Iglesia, para gobernarla; ella se mantiene estable y segura, aun en medio de las tempestades, porque en ella está presente el Hijo de Dios como fuente y origen de consolación y victoria. Según las palabras de San Agustín, que recoge una imagen frecuente en los Padres de la antigüedad, la nave de la Iglesia no debe temer, porque está guiada por Cristo: « Pues aun cuando la nave se tambalee, sólo ella lleva a los discípulos y recibe a Cristo. Ciertamente peligra en el mar; pero sin ella al momento se sucumbe » (Sermo 75, 3; PL 38, 475). Sólo en ella está la salvación: sino illa peritur! Apoyados en esta fe, caminaremos. La ayuda de Dios no nos faltará, según la promesa indefectible: « Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo » (Mt 28, 20). Vuestra adhesión unánime y la colaboración generosa de todos nos hará más ligero el peso del deber cotidiano.

Nos disponemos a asumir esta tremenda misión consciente de que la Iglesia católica es insustituible, de que su inmensa fuerza espiritual es garantía de paz y de orden, como tal está presente en el mundo, y como tal la reconocen los hombres esparcidos por todo el orbe.

El eco que la vida de la Iglesia levanta cada día es testimonio de que ella, a pesar de todo, está viva en el corazón de los hombres, incluso de aquellos que no comporten su doctrina y no aceptan su mensaje. Como dice el Concilio Vaticano II: « La Iglesia, que debe extenderse a todos los pueblos, entra en la historia humana, pero rebasando a la vez los límites del tiempo y del espacio. Y mientras camina a través de peligros y tribulaciones, es confortada por la fuerza de la gracia divina que el Señor le prometió, para que a pesar de la debilidad humana no falte a su fidelidad absoluta, antes bien, se mantenga esposa digna de su Señor y no cese de renovarse a sí misma, bajo la acción del Espíritu Santo, hasta que por la cruz llegue a la luz sin ocaso » (Lumen gentium, 9). Según el plan de Dios, que « congregó a quienes miran con fe a Jesús como autor de la salvación y principio de la unidad y de la paz », la Iglesia ha sido fundada por Él « a fin de que sea para todos y cada uno el sacramento visible de esta unidad salvadora » (ib).

Al servicio de la misión universal de la Iglesia Bajo esta deslumbrante luz, nos ponemos enteramente, con todas nuestras fuerzas físicas y espirituales, al servicio de la misión universal de la Iglesia, lo cual implica la voluntad de servir al mundo entero: en efecto, pretendemos servir a la verdad, a la justicia, a la paz, a la concordia, a la cooperación, tanto en el interior de las naciones, como de los diversos pueblos entre sí. Llamamos ante todo a los hijos de la Iglesia a tomar conciencia cada vez mayor de su responsabilidad: « Vosotros sois la sal de la tierra, vosotros sois la luz del mundo » (Mt 5,13 s.).

Superando las tensiones internas que se han podido crear aquí y allá, venciendo las tentaciones de acomodarse a los gustos y costumbres del mundo, así como a las seducciones del aplauso fácil, unidos con el único vínculo del amor que debe informar la vida íntima de la Iglesia, como también las formas externas de su disciplina, los fieles deben estar dispuestos a dar testimonio de la propia fe ante el mundo: « Estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere » (1 Pe 3,15). La Iglesia, en este esfuerzo común de responsabilización y de respuesta a los problemas acuciantes del momento, está llamada a dar al mundo ese «suplemento de alma» que tantos reclaman y que es el único capaz de traer la salvación. Esta espera hay el mundo: él sabe bien que la perfección sublime a la que ha llegado con sus investigaciones y con sus técnicas ha alcanzado una cumbre más allá de la cual aparece ya aterrador el vértigo del abismo; la tentación de sustituirse a Dios con la decisión autónoma que prescinde de las leyes morales, lleva al hombre moderno al riesgo de reducir la tierra a un desierto, la persona a un autómatas, y la convivencia fraterna a una colectivización planificada, introduciendo no raramente la muerte allí donde en cambio Dios quiere la vida.

La Iglesia, llena de admiración y simpatía hacia las conquistas del ingenio humana, pretende además salvar al mundo, sediento de vida y de amor, de los peligros que le acechan. El Evangelio llama a todos sus hijos a poner las propias fuerzas, y la misma vida, al servicio de los hermanos, en nombre de la caridad de Cristo: « Nadie tiene amor mayor que éste de dar uno la vida por sus amigos » (Jn 15,13). En este momento solemne, pretendemos consagrar todo lo que somos y podemos a este fin supremo, hasta el último aliento, consciente del encargo que Cristo mismo nos ha confiado: « Confirma a tus hermanos » (Lc 22, 32).

Promover el diálogo

--Queremos proseguir con paciencia y firmeza el diálogo sereno y eficaz que el Sumo Pontífice Pablo VI, nunca bastante llorado, fijó como fundamento y estilo de su acción

pastoral, dando las líneas maestras de dicho diálogo en la Encíclica *Ecclesiam suam*, a saber: Es necesario que los hombres, a nivel humano, se conozcan mutuamente, aun cuando se trate de los que no comporten nuestra fe: y es necesario que nosotros estemos siempre dispuestos a dar testimonio de la fe que poseemos y del encargo que Cristo nos encomendó, para « que el mundo crea » (Jn 17, 21).

Defender e incrementar la paz

--Queremos, finalmente, secundar todas las iniciativas laudables y buenas encaminadas a tutelar e incrementar la paz en este mundo turbado; con este fin, pediremos la colaboración de todos los hombres buenos, justos, honrados, rectos de corazón, para que, dentro de cada nación, se opongan a la violencia ciega que sólo destruye sembrando ruina y luto; y, en la convivencia internacional, guíen a los hombres a la comprensión mutua, a la unión de los esfuerzos que impulsen el progreso social, vengán el hambre corporal y la ignorancia del espíritu, fomenten el desarrollo de los pueblos menos dotados de bienes materiales, pero al mismo tiempo ricos en energías y aspiraciones.

SALUDOS Y ORIENTACIONES A TODO EL PUEBLO DE DIOS

Hermanos e hijos queridísimos:

En esta hora que nos hace temblar, pero en la que al mismo tiempo nos sentimos confortado por las promesas divinas, saludamos a todos nuestros hijos; deseáramos tenerlos aquí a todos para mirarles en los ojos y para abrazarlos infundiéndoles valor y confianza, y pidiéndoles comprensión y oración por nosotros.

A todos nuestro saludo.

A los cardenales, obispos y sacerdotes

--A los cardenales del Sacro Colegio, con los que hemos compartido horas decisivas y en quienes confiamos ahora y confiaremos en el futuro, agradeciéndoles sus sabios consejos y la valiosa colaboración que querrán seguir ofreciéndonos, como prolongación del consenso amplio que por voluntad de Dios nos ha traído a esta cumbre del ministerio apostólico.

--A todos los obispos de la Iglesia de Dios, « que representan cada uno a su Iglesia, y todos ellos juntamente con el Papa a la Iglesia universal en el vínculo de la paz, del amor y de la unidad » (*Lumen gentium*, 23), y cuya colegialidad queremos consolidar firmemente solicitando su colaboración en el gobierno de la Iglesia universal, sea mediante el Sínodo, sea a través de los dicasterios de la Curia, en los que ellos toman parte según las normas establecidas.

--A todos nuestros queridos colaboradores, a quienes corresponde ejecutar fiel y continuamente nuestra voluntad; ellos tienen el honor de realizar una actividad que les compromete a una vida de santidad, a un espíritu de obediencia, a una dedicación apostólica y a un amor ferviente a la Iglesia que sirva de ejemplo a los demás. Los amamos uno a uno, y pidiéndoles que continúen prestándonos a nosotros, como a nuestros predecesores, su ya probada fidelidad, estamos seguros de poder contar con su trabajo preciosísimo que nos servirá de gran ayuda.

--Saludamos a los sacerdotes y fieles de la diócesis de Roma a ellos nos une la sucesión de Pedro y el ministerio único y singular de esta Cátedra Romana « que preside en la caridad universal » (cf *SAN IGNACIO DE ANTIOQUIA*, Epístola a los romanos, Funk I, 252) -Saludamos de modo especial a los fieles de nuestra diócesis de Belluno, de la cual procedemos; y a los

que en Venecia nos habían sido confiados como hijos afectuosos y queridos, en los que pensamos ahora con nostalgia sincera, recordando sus magníficas obras eclesiales y las energías que hemos dedicado juntos a la buena causa del Evangelio.

--Y abrazamos con amor también a todos los sacerdotes, especialmente a los párrocos y a cuantos se dedican a la cura directa de las almas, en condiciones muchas veces de penuria o de auténtica pobreza, pero sostenidos al mismo tiempo luminosamente por la gracia de la vocación y por el seguimiento heroico de Cristo, «pastor y guardián de vuestras almas» (1 Pe 2, 25).

A los religiosos, a las religiosas y a los laicos

--Saludamos a los religiosos y religiosas de vida contemplativa o activa, que siguen irradiando en el mundo el encanto de su adhesión intacta a los ideales evangélicos; y les rogamos que « sin cesar se esmeren para que por medio de ellos, ante los fieles y los infieles, la Iglesia manifieste de veras cada vez mejor a Cristo » (Lumen gentium, 46).

--Saludamos a toda la Iglesia misionera, animando y aplaudiendo con amor a los hombres y mujeres que ocupan un puesto de vanguardia en la proclamación del Evangelio: sepan que entre todos aquellos a quienes amamos, ellos nos son especialmente queridos; nunca los olvidaremos en nuestras oraciones y en nuestra solicitud, porque tienen un puesto privilegiado en nuestro corazón.

--A las Asociaciones de Acción Católica, así como a los Movimientos de denominación diversa que contribuyen con energías nuevas a la vivificación de la sociedad y a la consecratio mundi, como levadura en la masa (cf. Mt 13, 33), va todo nuestro aliento y nuestro apoyo, porque estamos convencido de que su actividad, en colaboración con la sagrada jerarquía, es hoy indispensable para la Iglesia.

A la juventud y a las familias -

-Saludamos a los adolescentes y a los jóvenes, esperanza de un mañana más limpio, más sano, más constructivo, advirtiéndoles que sepan distinguir entre el bien y el mal, y realicen el bien con las energías frescas que poseen, procurando aportar su vitalidad a la Iglesia y para el mundo del mañana.

--Saludamos a las familias, « santuario doméstico de la Iglesia » (Apostolicam actuositatem, 11), más aún, « verdadera y propia Iglesia doméstica » (Lumen gentium, 11), deseando que en ellas florezcan vocaciones religiosas y decisiones santas, y que preparen el mañana del mundo; les exhortamos a que se opongan a las perniciosas ideologías del llamado hedonismo que corroe la vida, y a que formen espíritus fuertes, dotados de generosidad, equilibrio y dedicación al bien común.

A los que sufren

--Pero queremos enviar un saludo particular a cuantos sufren en el momento presente; a los enfermos, a los prisioneros, a los emigrantes, a los perseguidos, a cuantos no logran tener un trabajo o carecen de lo necesario en la dura lucha por la vida; a cuantos sufren por la coacción a que está reducida su fe católica, que no pueden profesar libremente sino a costa de sus derechos primordiales de hombres libres y de ciudadanos solícitos y leales. Pensamos de modo particular en la atormentada región del Líbano, en la situación de la Tierra de Jesús, en la faja del Sahel, en la India tan probada, y en todos aquellos hijos y hermanos que sufren dolorosas privaciones, sea por las condiciones sociales y políticas, sea a consecuencia de desastres naturales.

A las clases sociales humildes y a los responsables de la marcha del mundo ¡Hombres hermanos de todo el mundo! Todos estamos empeñados en la tarea de lograr que el mundo alcance una justicia mayor, una paz más estable, una cooperación más sincera; y por eso invitamos y suplicamos a todos, desde las clases sociales más humildes que forman la urdimbre de las naciones, hasta los Jefes responsables de cada uno de los pueblos, a hacerse instrumentos eficaces y « responsables » de un orden nuevo, más justo y más sincero.

Una aurora de esperanza flota sobre el mundo, si bien una capa espesa de tinieblas con siniestros relámpagos de odio, de sangre y de guerra, amenaza a veces con oscurecerla; el humilde Vicario de Cristo que comienza con temblor y confianza su misión, se pone a disposición total de la Iglesia y de la sociedad civil, sin distinción de razas o ideologías, con el deseo de que amanezca para el mundo un día más claro y sereno. Solamente Cristo puede hacer brotar la luz que no se apaga, porque Él es el «sol de justicia» (cf. Mal 4, 2); pero Él pide también el esfuerzo de todos; el nuestro no faltará.

Invocación al Señor, a la Virgen y a los Santos Pedro y Pablo

Pedimos a todos nuestros hijos la ayuda de su oración, porque sólo en ésta esperamos; y nos abandonamos confiados a la ayuda del Señor quien, al igual que nos ha llamado a la tarea de Representante suyo en la tierra, no permitirá que nos falte su gracia omnipotente. María Santísima, Reina de los Apóstoles, será la fúlgida estrella de nuestro pontificado. San Pedro, « fundamento de la Iglesia » (SAN AMBROSIO, Exp. Ev. Sec. Lucam, IV, 70; CSEL 32, 4, pág. 175), nos asista con su intercesión y con su ejemplo de fe invicta y de generosidad humana.

San Pablo nos guíe en el impulso apostólico dirigido a todos los pueblos de la tierra; nos asistan nuestros santos Patronos.

Y en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo impartimos al mundo nuestra primera y afectuosísima bendición apostólica.

2. COMUNION ECLESIAL EN TORNO A LA SEDE DE PEDRO

Discurso al Sacro Colegio Cardenalicio

Venerables hermanos:

Con inmensa alegría os vemos reunidos con nosotros en este encuentro, que hemos deseado vivamente y del cual vuestra cortesía nos permite ahora gustar el gozo y el consuelo.

Los cardenales

Sentimos, en efecto, apremiante la necesidad no sólo de renovar la expresión de nuestra gratitud por el consenso --que no cesa realmente de sorprendernos y confundirnos-- reservado por vosotros a nuestra humilde persona; sino también de testimoniaros la confianza que ponemos en vuestra fraterna y asidua colaboración.

El peso que el Señor, con los inescrutables designios de su providencia ha querido poner sobre nuestros frágiles hombros, nos resultaría ciertamente demasiado gravoso, si no supiéramos que podemos contar con la omnipotente fuerza de su gracia y además con la afectuosa comprensión y operante solidaridad de hermanos tan distinguidos por doctrina y

sabiduría, tan experimentados en el gobierno pastoral y tan metidos en las cosas de Dios y en las de los hombres.

La Curia Romana

Aprovechamos, por tanto, esta circunstancia para declarar que contamos ante todo con la ayuda de los señores cardenales que quedarán junto a nosotros, en esta alma Ciudad, al frente de los varios dicasterios, de que se compone la Curia Romana.

Las tareas pastorales, a las que sucesivamente la Providencia divina nos ha llamado en los años pasados, se han desarrollado siempre lejos de estos complejos organismos, que ofrecen al Vicario de Cristo la posibilidad concreta de ejercer el servicio apostólico, del que Él es deudor a toda la Iglesia, y aseguran de tal modo la articulación orgánica de las legítimas autonomías, dentro del respeto indispensable de esa unidad esencial de disciplina, además de la de la fe, por la que Cristo rezó en la inmediata vigilia de su pasión (cf. Jn 17,11. 21-23).

No nos cuesta trabajo reconocer nuestra inexperiencia en un sector tan delicado de la vida eclesial. Nos proponemos, pues, recoger las sugerencias que nos vengan de tan excelentes colaboradores, entrando, por así decir, en la escuela de quienes por los méritos adquiridos en un servicio de tan gran importancia, son muy dignos de nuestra plena confianza y de nuestro agradecido reconocimiento.

El Colegio Episcopal

Nuestro pensamiento se dirige luego, venerados hermanos, a los que os disponéis a regresar a vuestras Sedes episcopales, para continuar el cuidado pastoral de las Iglesias, que el Espíritu os ha confiado (cf. Act. 20, 28), y pregustáis ya en el ánimo el gozo del encuentro con tantos hijos vuestros, ya bien conocidos y tiernamente amados. Es un gozo éste, que a nosotros no nos será concedido. El Señor conoce la nostalgia que esta renuncia suscita en nuestro corazón. A pesar de todo Él, en su bondad, sabe atenuar la pena de la separación con la perspectiva de una paternidad más amplia. Él nos conforta, de modo particular, con el don inestimable de vuestra cordial y sincera devoción, en la que nos parece sentir vibrar la devoción de todos los obispos del mundo, unidos a esta Sede Apostólica con los vínculos sólidos de una comunión que cruza los espacios, ignora las diversidades de raza, se enriquece de los valores auténticos, presentes en las varias culturas, hace de pueblos distantes entre sí por ubicación geográfica, por lengua y mentalidad, una única gran familia.

¿Cómo no sentirse invadidos por una ala de serenante confianza ante el espectáculo maravilloso, que se ofrece a la absorta contemplación del espíritu, estimulado por vuestra presencia a extenderse en dirección de los cinco continentes, cada uno de los cuales tiene en vosotros tan significativos y dignos representantes? La Iglesia universal y las Iglesias particulares Esta vuestra espléndida asamblea pone ante nuestros ojos una imagen elocuente de la Iglesia de Cristo, cuya unidad católica ya conmovía al gran Agustín y lo inducía a poner en guardia las « pequeñas ramas » de cada una de las Iglesias particulares a no separarse ex ipsa magna arbore quae ramorum suorum porrectione tote orle diffunditur (Ep. 185 ad Bonifacium, núm. 8, 32).

Bien sabemos nosotros que hemos sido constituidos signo e instrumento de esta unidad (cf. Const. Dogm. Lumen gentium, núm. 22, 2; 23, 1); y es nuestro propósito dedicar todas nuestras energías a su defensa y a su incremento, animados para ello por la seguridad de poder contar con la acción iluminada y generosa de cada uno de vosotros. No pretendemos aquí volver a trazar las grandes líneas de nuestro programa, que os son ya conocidas. Quisiéramos solamente reafirmar en este momento, junto con todos vosotros, el compromiso de una disponibilidad total a las mociones del Espíritu para el bien de la Iglesia, a la que en el

día de la elevación a la púrpura cardenalicia cada uno de nosotros prometió servir usque ad sanguinis effusionem (hasta la efusión de la sangre). La tarea de confirmar a los hermanos Venerables hermanos: Cuando el sábado pasado nos encontramos ante la peligrosa decisión de un « Sí », que habría de poner sobre nuestros hombros el formidable peso del ministerio apostólico, alguno de vosotros nos susurró al oído palabras que invitaban a tener confianza y ánimo.

Séanos permitido ahora, convertido ya en Vicario de Aquel que dejó a Pedro la consigna de « confirmar a los hermanos » (Lc 22, 32), séanos permitido animaros a vosotros, que os disponéis a reanudar vuestras respectivas actividades eclesiales, a confiar, con firmeza viril, incluso en esta hora tan difícil, en la ayuda de Cristo que nunca falta; Él nos repite también a nosotros, hoy, las palabras pronunciadas cuando las tinieblas de la pasión se cernían ya densamente sobre Él y sobre el primer núcleo de los creyentes: « Confiad, yo he vencido al mundo » (Jn 16, 33).

En el nombre de Cristo y como prenda de nuestra paterna benevolencia, os impartimos con efusión de sentimientos a vosotros, a vuestros colaboradores y a todas las almas confiadas a vuestro cuidado pastoral, las primicias de nuestra propiciatoria bendición apostólica.

3. PAZ Y PROGRESO PARA TODOS LOS HOMBRES Y PARA TODOS LOS PUEBLOS

Discurso al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede

Excelencias, señoras, señores:

Agradecemos vivamente a vuestro digno intérprete sus palabras llenas de deferencia, más aún, de benevolencia y de confianza. Nuestro primer impulso sería el de confesaros nuestra confusión ante tales expresiones que nos honran y estos sentimientos que nos confortan. Pero sabemos muy bien que este homenaje y este testimonio de adhesión van dirigidos, a través de nuestra persona, a la Santa Sede, a su misión altamente espiritual y humana, a la Iglesia católica, cuyos hijos desean sobre todo edificar, en unión con sus hermanos, un mundo más justa y más armonioso.

La misión universal del Papa

No habíamos tenido aún el honor de conoceros. Nuestro ministerio se había limitado hasta ahora a las diócesis que nos habían sido confiadas y a los deberes pastorales que ello comportaba en Vittorio Veneto y Venecia. Esto era ya, sin embargo, participación en el servicio de la Iglesia universal.

Pero ahora en esta Sede del Apóstol Pedro, nuestra misión se ha hecho ya efectivamente universal y nos pone en relación no sólo con todos nuestros hijos católicos, sino también con todos los pueblos, con sus representantes cualificados y especialmente con los diplomáticos de los países que han querido establecer relaciones de este orden con la Santa Sede. Bajo este título, nos sentimos muy felices de acogeros aquí, de expresaros nuestra estima y confianza y el aprecio que tenemos de vuestra noble función; feliz también de saludar a través de vuestras personas a cada una de las naciones que representáis y que miramos con respeto y simpatía, formulando fervientes votos de progreso y de paz. Estas naciones irán adquiriendo para Nos un aspecto aún más concreto a medida que vayamos encontrando no sólo a los obispos y a los fieles, sino también a los responsables civiles.

Todo el mundo sabe lo que nuestro venerado predecesor ha llevado a cabo en este campo de las relaciones diplomáticas. Bajo su pontificado, las Misiones de las que vosotros sois jefes se han multiplicado.

Nos deseamos también que tales relaciones sean cada vez más cordiales y fructuosas, para el bien de vuestros conciudadanos, para el bien de la Iglesia en vuestros países, para el bien de la concordia universal. Por otra parte, las relaciones que podéis tener entre vosotros mismos, cerca de la Santa Sede, también favorecen asimismo la comprensión y la paz. Os ofrecemos nuestra sincera colaboración, según nuestros medios propios. Misión espiritual y pastoral. Ciertamente, en la gama amplia de los puestos diplomáticos, vuestra función aquí es sui generis, como lo son la misión y la competencia de la Santa Sede.

La Iglesia quiere crear una civilización nueva impregnada de esperanza. Evidentemente no tenemos ningún bien temporal que intercambiar ni ningún interés económico que discutir, como los tienen vuestros Estados. Nuestras posibilidades de intervención diplomática son limitadas y peculiares. Esta no se inmiscuye en los asuntos puramente temporales, técnicos y políticos, que son competencia de vuestros Gobiernos. En este sentido, nuestras Representaciones diplomáticas ante las más altas autoridades civiles, bien lejos de ser una supervivencia del pasado, testimonian a la vez nuestro respeto hacia el poder temporal legítimo y el interés muy vivo prestado a las causas humanas que este poder está destinado a promover. De la misma manera vosotros sois aquí los portavoces de vuestros Gobiernos y los testigos atentos de la obra espiritual de la Santa Sede. Por ambas partes hay presencia, respeto, intercambio, colaboración, sin confusión de competencias.

Al servicio de la comunidad internacional

Nuestros servicios, pues, son de dos órdenes. Se puede dar, si nosotros somos invitados a ello, una participación de la Santa Sede como tal, a nivel de vuestros Gobiernos o de las instancias internacionales, para la búsqueda de las soluciones mejores de los grandes problemas en los que están en juego la distensión, el desarme, la paz, la justicia, las medidas o las ayudas humanitarias, el desarrollo... Nuestros representantes o delegados intervienen entonces, vosotros lo sabéis, con una palabra libre y desinteresada. Esta es una forma apreciable de asistencia o ayuda mutua que la Santa Sede tiene la posibilidad de aportar, gracias al reconocimiento internacional de que goza y a la representación del conjunto del mundo católico que asegura.

Nos estamos dispuesto a proseguir en este campo la actividad diplomática e internacional ya emprendida, en la medida en que la participación de la Santa Sede pueda resultar deseada, fructuosa y correspondiente a nuestros medios. En la línea del Concilio y de las enseñanzas de Pablo VI. Pero nuestra acción al servicio de la comunidad internacional se coloca también -- y Nos diríamos, sobre todo-- en otro plano, que se podría calificar más específicamente de pastoral y que es propio de la Iglesia.

Se trata de contribuir, a través de los documentos y esfuerzos de la Sede Apostólica y de nuestros colaboradores de toda la Iglesia, a iluminar y formar las conciencias, de los cristianos en primer lugar, pero también de los hombres de buena voluntad --influyendo por medio de ellos en una opinión pública más amplia--, sobre los principios fundamentales que garanticen una civilización auténtica y una fraternidad real entre los pueblos: respeto del prójimo, de su vida, de su dignidad, interés por su desarrollo espiritual y social, paciencia y voluntad de reconciliación en la edificación tan vulnerable de la paz; en una palabra, todos los derechos y deberes de la vida en sociedad y de la vida internacional, tal como los expusieron la Constitución conciliar *Gaudium et spes* y tantos mensajes del llorado Papa Pablo VI.

Estas actitudes, que los fieles cristianos adoptan o deberían adoptar para su salvación según la lógica del amor evangélico, contribuyen a transformar progresivamente las relaciones humanas, el entramado social y las instituciones; y ayudan a los pueblos y a la comunidad internacional a asegurar mejor las condiciones del bien común y a encontrar el sentido último de su marcha hacia adelante. Tienen un impacto cívico y político. Vuestros países buscan construir una civilización moderna, con unos esfuerzos a menudo geniales y generosos, que cuentan con toda nuestra simpatía y nuestro aliento en cuanto ellos se ajustan a las leyes morales inscritas por el Creador en el corazón humano. Ahora bien, esta civilización, ¿no tiene necesidad de una energía espiritual nueva, de un amor sin fronteras, de una esperanza firme? He aquí la contribución que con toda la Iglesia y siguiendo a nuestro predecesor, queremos prestar al mundo.

Cierto, somos muy pequeño y muy débil para ello. Pero tenemos confianza en la ayuda de Dios.

La Santa Sede pondrá en esto todos sus esfuerzos. La cosa merece también todo vuestro interés.

Desde hoy, nuestros votos más cordiales os acompañan en la misión que vais a proseguir ante Nos como lo habéis hecho ante el Papa Pablo VI. Invocamos sobre cada una de vuestras personas, familias, países que representáis, y sobre todos los pueblos del mundo, abundantes bendiciones del Altísimo.

4. POR LA « COMUNICACION » A LA PLENA Y AUTENTICA « COMUNION »

Discurso a los representantes de la prensa y de los medios audiovisuales

Egregios señores y queridos hijos:

Nos alegramos de poder recibir ya en la primera semana de nuestro pontificado una representación tan calificada y numerosa del «mundo» de las comunicaciones sociales, reunida en Roma con ocasión de dos acontecimientos, que han tenido un profundo significado para la Iglesia católica y para el mundo entero: la muerte de nuestro llorado predecesor Pablo VI y el reciente Cónclave, en el cual ha sido colocado sobre nuestros humildes y frágiles hombros el peso formidable del servicio eclesial de Sumo Pastor.

Servicio a la opinión pública

Este grato encuentro nos permite agradecer los sacrificios y fatigas que habéis afrontado durante el mes de agosto para servir a la opinión pública mundial --también el vuestro es un servicio y muy importante--, ofreciendo a vuestros lectores, oyentes y telespectadores, con la rapidez y prontitud que requiere vuestra responsable y delicada profesión, la posibilidad de participar en estos históricos acontecimientos, en su dimensión religiosa y en su profunda conexión con los valores humanos y las esperanzas de la sociedad de hoy.

Queremos expresar en particular nuestra gratitud por el empeño que habéis puesto estos días, para dar a conocer mejor a la opinión pública la figura, las enseñanzas, la obra y el ejemplo de Pablo VI, y por la sensibilidad y esmero con que habéis tratado de captar y dar a conocer en vuestros amplios comentarios, como también en la multitud de imágenes que

habéis transmitido desde Roma, la expectación reinante en esta ciudad, en la Iglesia católica y en todo el mundo, de un nuevo Pastor que asegurase la continuidad de la misión de Pedro.

Promesa de colaboración

La sagrada herencia que nos han dejado el Concilio Vaticano II y nuestros predecesores Juan XXIII y Pablo VI, de querida y santa memoria, nos exige la promesa de una atención especial, de una colaboración franca, honesta y eficaz con los instrumentos de comunicación social, que vosotros representáis aquí dignamente. Es una promesa que os hacemos con mucho gusto, consciente como somos de la función cada vez más importante que los medios de comunicación social han ido asumiendo en la vida del hombre moderno.

No nos pasinadvertidos los riesgos de masificación y de despersonalización, que dichos medios comportan, con las consiguientes amenazas para la interioridad del individuo, para su capacidad de reflexión personal y para su objetividad de juicio. Pero conocemos también las posibilidades nuevas y felices que los citados medios ofrecen al hombre de hoy, para conocer mejor y acercarse a los propios semejantes, para percibir más de cerca el ansia de justicia, de paz, de fraternidad, para instaurar con ellos vínculos más profundos de participación, de comprensión, de solidaridad en orden a un mundo más justo y humano. En una palabra, conocemos la meta ideal hacia la que cada uno de vosotros, a pesar de las dificultades y desilusiones, orienta el propio esfuerzo: la de llegar a través de la « comunicación » a una más auténtica y plena « comunión ». Es la meta hacia la que aspira también, como bien podéis comprender, el corazón del Vicario de Aquel, que nos ha enseñado a invocar a Dios como Padre único y amoroso de todo ser humana.

Antes de dar a cada uno de vosotros y a vuestras familias nuestra bendición especial, que quisiéramos extender a todos los colaboradores de los órganos de información que representáis, agencias, periódicos, radios y televisiones, queremos aseguraros el aprecio que sentimos hacia vuestra profesión y el cuidado que tendremos de facilitar vuestra noble y difícil misión en el espíritu de las indicaciones del Decreto Conciliar Inter mirifica y la Instrucción Pastoral Communio et progressio.

La Iglesia en los medios de comunicación social

Con ocasión de acontecimientos de mayor relieve o de la publicación de documentos importantes de la Santa Sede, tendréis que presentar frecuentemente a la Iglesia, hablar de la Iglesia, tendréis que comentar, a veces, nuestro humilde ministerio. Estamos seguro de que lo haréis con amor a la verdad y con respeto de la dignidad humana, porque tal es la finalidad de toda comunicación social.

Os pedimos que tratéis de contribuir también vosotros a salvaguardar en la sociedad de hoy aquella profunda estima de las cosas de Dios y de la misteriosa relación entre Dios y cada uno de nosotros, que constituye la dimensión sagrada de la realidad humana. Tratad de comprender las razones profundas por las que el Papa, la Iglesia y sus Pastores deben pedir a veces, en el ejercicio de su servicio apostólico, espíritu de sacrificio, de generosidad, de renuncia para edificar un mundo de justicia, de amor y de paz.

Con la seguridad de conservar también en el futuro el lazo espiritual iniciado con este encuentro, os concedemos de todo corazón nuestra bendición apostólica.

5. SUCESOR DE PEDRO EN LA SEDE DE ROMA

Homilía en la Misa del comienzo del ministerio del Supremo Pastor

Venerados hermanos e hijos queridísimos:

En esta celebración sagrada, con la que damos comienzo solemne al ministerio de Sumo Pastor, que ha sido puesto sobre nuestros hombros, el primer pensamiento de adoración y súplica se dirige a Dios, infinito y eterno, el cual, con una decisión suya humanamente inexplicable y por su benignísima dignación, nos ha elevado a la Cátedra de San Pedro. Brotan espontáneamente de nuestros labios las palabras de San Pablo: « ¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos! » (Rom 11, 33).

Todo el Pueblo de Dios reunido en torno al Papa Nuestro pensamiento va después, con paterno y afectuoso saludo, a toda la Iglesia de Cristo; a esta asamblea que casi la representa en este lugar --cargado de piedad, de religión y de arte--, que guarda celosamente la tumba del Príncipe de los Apóstoles; y también a la Iglesia que nos está viendo y escuchando en estos momentos a través de los modernos instrumentos de comunicación social.

Saludamos a todos los miembros del Pueblo de Dios: a los cardenales, obispos, sacerdotes, religiosos, religiosas, misioneros, seminaristas, seculares empeñados en el apostolado y en las diversas profesiones; a los hombres de la política, de la cultura, del arte, de la economía; a los padres y madres de familia, a los obreros, a los emigrantes, a los jóvenes de ambos sexos, a los niños, a los enfermos, a los que sufren, a los pobres. Queremos dirigir asimismo nuestro saludo respetuoso y cordial a todos los hombres del mundo, a quienes consideramos y amamos como hermanos, porque son hijos del mismo Padre celestial y hermanos todos en Cristo Jesús (cf. Mt. 23, 8 ss.).

Hemos querido iniciar esta homilía en latín, porque --como es bien sabido-- es la lengua oficial de la Iglesia, cuya universalidad y unidad expresa de manera patente y eficaz. La misión de Pedro en la Iglesia La Palabra de Dios que acabamos de escuchar, nos ha presentado como en un crescendo, ante todo a la Iglesia, prefigurada y entrevista por el profeta Isaías (cf. Is 2, 2-5) como el nuevo Templo, hacia el que confluyen las gentes desde todas las portes del mundo, deseosas de conocer la ley de Dios y observarla dócilmente, mientras las terribles armas de guerra son transformadas en instrumentos de paz. Pero este nuevo Templo misterioso, polo de atracción de la nueva humanidad --nos recuerda San Pedro--, tiene una piedra angular, viva, escogida, preciosa (cf. 1 Pe 2, 4-9), que es Jesucristo, el cual ha fundado su Iglesia sobre los Apóstoles y la ha edificado sobre San Pedro, Cabeza de ellos (Lumen gentium, 19).

« Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia » (Mt 16,18): son las palabras graves, importantes y solemnes que Jesús dirige a Simón, el hijo de Juan, en Cesárea de Filipo, después de la profesión de fe que no ha sido el producto de la lógica humana del pescador de Betsaida, o la expresión de una particular perspicacia suya, o el efecto de una moción psicológica; sino el fruto misterioso y singular de una auténtica revelación del Padre celestial.

Y Jesús cambia a Simón su nombre, poniéndole el de Pedro, significando con ello la entrega de una misión especial; le promete edificar sobre él su Iglesia, sobre la cual no prevalecerán las fuerzas del mal o de la muerte; le entrega las llaves del Reino de Dios, nombrándolo así máximo responsable de su Iglesia, y le da el poder de interpretar auténticamente la ley divina.

Ante estos privilegios, o mejor dicho, ante estas tareas sobrehumanas confiadas a Pedro, San Agustín nos advierte: « Pedro, por su naturaleza, era simplemente un hombre; por la gracia, un cristiano; por una gracia todavía más abundante, uno y a la vez el primero de los Apóstoles » (SAN AGUSTÍN, In Ioannis Evang. tract., 124, 5; PL 35, 1973). Con atónita y comprensible emoción, pero también con una confianza inmensa en la gracia omnipotente de Dios y en la oración ferviente de la Iglesia, hemos aceptado ser el Sucesor de Pedro en la sede de Roma, tomando el « yugo » que Cristo ha querido poner sobre nuestros frágiles hombros. Y nos parece escuchar como dirigidas a Nos, las palabras que según San Efrén, Cristo dirige a Pedro: « Simón, mi apóstol, yo te he constituido fundamento de la Santa Iglesia. Yo te he llamado ya desde el principio Pedro porque tú sostendrás todos los edificios; tú eres el superintendente de todos los que edificarán la Iglesia sobre la tierra;... tú eres el manantial de la fuente, de la que mana mi doctrina;... tú eres la cabeza de mis apóstoles;... yo te he dada las llaves de mi reino » (S. EFRÉN, Sermones in hebdomadam sanctam, 4, 1; LAMY T. J., S. Ephraem Syri hymni et sermones, 1,412).

Roma, centro de la unidad y de la caridad Desde el primer momento de nuestra elección y en los días siguientes, nos hemos sentido profundamente impresionado y animado por las manifestaciones de afecto de nuestros hijos de Roma y también de aquellos que, de todo el mundo, nos hacen llegar el eco de su incontenible gozo por el hecho de que una vez más Dios ha dado a la Iglesia su Cabeza visible. Resuenan de nuevo espontáneas en nuestro espíritu las conmovedoras palabras que nuestro gran Predecesor, San León Magno, dirigía a los fieles romanos: « No deja de presidir su sede San Pedro, y está vinculado al Sacerdote eterno en una unidad que nunca falla... Y por eso todas las demostraciones de afecto que, por complacencia fraterna o piedad filial, habéis dirigido a Nos, reconoced con mayor devoción y verdad que las habéis dirigido conmigo a aquel cuya sede nos gozamos no tanto en presidir, como en servir » (S. LEÓN MAGNO, Sermo V, 4-5; PL 54, 155-156).

Sí, nuestra presidencia en la caridad es un servicio y, al afirmarlo, pensamos no solamente en nuestros hermanos e hijos católicos, sino asimismo en todos aquellos que quieren también ser discípulos de Jesucristo, honrar a Dios y trabajar por el bien de la humanidad.

En este sentido, dirigimos un saludo afectuoso y agradecido a las Delegaciones de las otras Iglesias y comunidades eclesiales, aquí presentes. Hermanos todavía no en plena comunión, dirijámonos juntos hacia Cristo Salvador, avanzando unos y otros en la santidad que él quiere para nosotros y, juntos en el recíproco amor sin el cual no existe cristianismo, preparando los caminos de la unidad en la fe, en el respeto de su verdad y del ministerio que él ha confiado, para su Iglesia, a sus Apóstoles y a sus Sucesores.

Al servicio de todos los hombres y de todos los pueblos Debemos dirigir además un saludo particular a los Jefes de Estado y a los miembros de las Misiones extraordinarias. Nos sentimos profundamente conmovido por vuestra presencia, bien sea que estéis al frente de los altos destinos de vuestro país, bien que representéis a vuestros Gobiernos o a Organizaciones Internacionales.

Lo agradecemos vivamente.

Vemos en tal participación la estima y la confianza en que vosotros tenéis a la Santa Sede y a la Iglesia, humilde mensajera del Evangelio en todos los pueblos de la tierra para ayudar a crear un clima de justicia, de fraternidad, de solidaridad y de esperanza, sin el que no se podría vivir en el mundo.

Todos los presentes, grandes y pequeños, estén seguros de nuestra disponibilidad a servirles según el espíritu del Señor.

El Papa comienza su ministerio apostólico invocando a la Virgen y con la atención centrada en Cristo Rodeado de vuestro amor y sostenido por vuestra oración, comenzamos nuestro servicio apostólico invocando, cual espléndida estrella de nuestro camino, a la Madre de Dios, María, Salus populi romani y Mater Ecclesiae, que la liturgia venera de manera particular en este mes de septiembre.

La Virgen, que ha guiado con delicada ternura nuestra vida de niño, de seminarista, de sacerdote y de obispo, continúe iluminando y dirigiendo nuestros pasos, para que, convertidos en voz de Pedro, con los ojos y la mente fijos en su Hijo, Jesús, proclamemos al mundo con alegre firmeza, nuestra profesión de fe: « Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo » (Mt 16,16). Amén.

6. MISION UNIVERSAL DE LA SANTA SEDE AL SERVICIO DE LA EVANGELIZACION, DE LA JUSTICIA, DEL DESARROLLO Y DE LA PAZ

Discurso a las Misiones especiales presentes en la Misa del comienzo del ministerio del Supremo Pastor

Excelencias, señoras y señores:

En la celebración de ayer, sólo pudimos dirigiros un breve saludo. Hoy queremos manifestaros la alegría, la emoción y el honor que nos ha proporcionado vuestra participación en la inauguración de nuestro Pontificado. Os somos deudores de enorme gratitud, a vosotros personalmente, en primer lugar, y a los países u Organizaciones internacionales que representáis.

Pedro y sus sucesores

Este homenaje de tantas naciones resulta muy hermoso y alentador. No es que nuestra persona lo haya merecido: ayer éramos únicamente un sacerdote y un obispo de una provincia de Italia, entregado con todas sus energías y talentos al apostolado que se le habla confiado. Y he aquí que hoy hemos sido llamado a la Sede del Apóstol Pedro. Somos heredero de su gran misión universal, que él recibió por pura gracia de manos de Nuestro Señor Jesucristo, quien es, según la fe cristiana, Hijo de Dios y Salvador del mundo. Pensamos con frecuencia en esta frase del Apóstol Pablo: « Llevamos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios y no parezca nuestra » (2 Cor 4, 7). Felizmente tampoco nosotros estamos solo: actuamos en comunión con los obispos de la Iglesia católica extendida por todo el mundo.

Así, pues, nos llena de gozo el hecho de que vuestro homenaje va más allá de la benevolencia prestada a nuestra persona, y se convierte ante nuestros ojos en signo del atractivo continuo y fascinante que ejercen en nuestro universo el Evangelio y las cosas de Dios; y manifiesta asimismo la estima y confianza de casi todos los pueblos hacia la Iglesia y la Santa Sede, hacia sus múltiples actividades, tanto en el campo propiamente espiritual como en el servicio a la justicia, al desarrollo y a la paz. Hay que añadir que la acción de los últimos Papas, sobre todo de nuestro venerado Predecesor Pablo VI, ha contribuido enormemente a esta irradiación internacional.

Derechos y libertades de los hijos de Dios

En cuanto a nosotros y según nuestras posibilidades, estamos dispuesto a proseguir esta obra desinteresada y a apoyar a los colaboradores nuestros que trabajan en ella. Si bien no conocemos personalmente todos vuestros países, y desgraciadamente no podemos hablaros a cada uno en su lengua materna, nuestro corazón está plenamente abierto a todos los pueblos y a todas las razas, con el deseo de que cada uno encuentre su puesto en el concierto de las naciones y desarrolle los dones que Dios le ha dado, en la paz, gracias a la comprensión y a la solidaridad de los demás. Nada de lo que es verdaderamente humano nos será ajeno. Es verdad que no poseemos soluciones milagrosas para los grandes problemas mundiales. Pero podemos aportar algo muypreciado: un espíritu que ayude a solventar estos problemas y los sitúe en un enfoque que es esencial, el de la caridad universal y el de la apertura a los valores trascendentes, es decir, la apertura a Dios. Procuraremos cumplir este servicio con lenguaje sencillo, claro y confiado.

Queremos contar también con vuestra colaboración benevolente.

Deseamos en primer lugar que las comunidades cristianas gocen siempre, en vuestros países, del respeto y de la libertad a que tiene derecho toda conciencia religiosa, y se dé un lugar justo a su colaboración en la prosecución del bien común. Asimismo estamos seguro de que seguiréis acogiendo favorablemente las iniciativas de la Santa Sede, cuando ésta se propone servir a la comunidad internacional, recordar las exigencias de una vida sana en sociedad, defender los derechos y la dignidad de todos los hombres, especialmente de los pequeños y de las minorías.

De nuevo, gracias por vuestra visita. De todo corazón invocamos la ayuda de Dios sobre vosotros, sobre vuestras familias y sobre todos y cada uno de vuestros países y de las Organizaciones mundiales que representáis. Que Dios mantenga lúcidos nuestros espíritus y nuestros corazones en la paz, en el desempeño de nuestras grandes responsabilidades.

7. MANTENER LA GRAN DISCIPLINA DE LA IGLESIA EN LA VIDA DE LOS SACERDOTES Y DE LOS FIELES

Discurso al clero de Roma

Agradezco vivamente al cardenal Vicario las felicitaciones que me ha dirigido en nombre de todos los presentes. Sé cómo ha ayudado, fiel y eficazmente a mi inolvidable Predecesor; espero que seguirá colaborando también conmigo. Saludo con afecto al arzobispo vicergerente, a los obispos auxiliares, a cuantos trabajan en los varias centros y oficinas del Vicariato; a cada uno de los sacerdotes con cura de almas en el ámbito de la diócesis y de su distrito: a los párrocos, en primer lugar, a sus colaboradores, a los religiosos y, a través de ellos, a las familias cristianas y a los fieles.

Quizá hayáis advertido que ya cuando hablé a los cardenales en la Capilla Sixtina, aludí a la « gran disciplina de la Iglesia » que debía «mantenerse en la vida de los sacerdotes y de los fieles». Sobre este tema habló con frecuencia mi venerado Predecesor, y sobre lo mismo me permito hablaros brevísimamente con confianza de hermano en este primer encuentro.

Fomentar el recogimiento interior

Hay una disciplina « pequeña », que se limita a la observancia puramente externa y formal de

normas jurídicas. Pero yo quisiera hablar de la disciplina « grande ». Esta existe sólo cuando la observancia externa es fruto de convicciones profundas y proyección libre y gozosa de una vida vivida íntimamente con Dios. Se trata --escribe el abad Chautard-- de la acción de un alma, que reacciona continuamente para dominar sus malos inclinaciones y para ir adquiriendo poco a poco la costumbre de juzgar y de comportarse en todas las circunstancias de la vida, según las máximas del Evangelio y los ejemplos de Jesús. « Dominar las inclinaciones » es disciplina. La frase « poco a poco » indica disciplina, que requiere esfuerzo constante, prolongado, nada fácil. Incluso los ángeles que vio Jacob en sueños no volaban, sino que subían los escalones uno a uno; ¡figurémonos nosotros, que somos pobres hombres sin alas! La « gran » disciplina requiere un clima adecuado. Ante todo, el recogimiento. Una vez sucedió en la estación de Milán que vi a un maletero durmiendo pacíficamente junta a una columna y apoyada la cabeza en un saco de carbón... los trenes partían silbando y llegaban chirriando con las ruedas; los altavoces daban sin cesar avisos que aturdían; la gente iba y venía con ruido y jaleo, pero el hombre seguía durmiendo y parecía decir: « Haced lo que os plazca, porque yo tengo necesidad de quietud ». Algo parecido deberíamos hacer los sacerdotes: a nuestro alrededor hay movimiento incesante y las personas, los periódicos, las radios, las televisiones no paran de hablar. Con mesura y disciplina sacerdotal debemos decir: « Más allá de ciertos límites, para mí, que soy sacerdote del Señor, vosotros no existís; yo tengo que reservarme un poco de silencio para mi alma; me alejo de vosotros para unirme a mi Dios ».

Dialogar con Dios y dialogar con los hombres

Comprobar que su sacerdote está habitualmente unido a Dios es hoy el deseo de muchos fieles buenos. Estos razonan como el abogado de Lión, cuando volvía de visitar al Cura de Ars. « ¿Qué ha visto usted en Ars? », le preguntaron. Respuesta: « He visto a Dios en un hombre ». Análogos son los razonamientos de San Gregorio Magno. Este desea que el pastor de almas dialogue con Dios sin olvidar a los hombres, y dialogue con los hombres sin olvidar a Dios. Y dice: « Huya el pastor de la tentación de querer ser amado por los fieles en vez de por Dios, o de ser demasiado débil por miedo a perder el afecto de los hombres; no sea que corra el riesgo de que Dios le reprenda así: '¡Ay de los que se hacen cintajos para todas las articulaciones de las manos!' (Ez 13,18). El pastor --termina diciendo-- debe procurarse ser amado, claro está, pero a fin de ser escuchado, no buscando este afecto para provecho propio » (cf. Regula pastoralis 1, II, c. VIII).

Ejercer el gobierno pastoral como servicio

Los sacerdotes son todos guías y pastores en un cierto grado; pero ¿tienen todos concepto cabal de lo que supone ser verdaderamente pastor de una Iglesia particular, es decir, obispo? Jesús, Pastor supremo, dijo de sí mismo por una parte: « Me ha sido dada todo poder en el cielo y en la tierra » (Mt 28,18), y por otra añadió: « He venido a servir » (cf. Mt 20, 28), y lavó los pies a sus Apóstoles. Por tanto, en él iban unidos a la vez poder y servicio. Algo parecido se dice de los Apóstoles y de los obispos: Praesumas --decía Agustín-- si prossumus (Miscellanea Augustiniana, Romae 1930, t. I, pág. 565).

Nosotros los obispos gobernamos sólo si servimos: nuestro gobierno es cabal si se concreta en servicio o se ejerce con miras al servicio, con espíritu y estilo de servicio. Sin embargo, este servicio episcopal fallaría si el obispo no quisiera ejercer los poderes recibidos. Sigue diciendo San Agustín: « el obispo que no sirve a la gente (predicando, guiando) es sólo un foeneus custos, un espantapájaros colocado en los viñedos para que los pájaros no piquen las uvas » (ib. 568). Por ello está escrito en la Lumen gentium: « los obispos gobiernan... con los consejos, las exhortaciones, los ejemplos, pero también con la autoridad y la sacra potestad » (Lumen gentium, 27).

Cumplir la voluntad de Dios

Otro elemento de la disciplina sacerdotal es el amor al propio puesto. Lo sé, no es fácil amar el puesto y seguir en él cuando las cosas no van bien, cuando se tiene la impresión de no ser comprendido ni alentado, cuando la inevitable confrontación con el puesto asignado a otros nos llevaría a sentirnos tristes y desanimados. Pero ¿es que no trabajamos por el Señor? La ascética nos enseña: no mires a quién obedeces, sino por Quién obedeces.

El reflexionar también ayuda.

Yo soy obispo desde hace veinte años: muchas veces he sufrido por no poder premiar a alguno, que lo merecía de verdad; pero o no había puesto-premio, o no sabía cómo sustituir a la persona, o sobrevenían circunstancias adversas. Por otra parte, San Francisco de Sales ha escrito: « No hay ninguna vocación que no tenga sus contratiempos, sus amarguras y sus disgustos. Aparte de los que están plenamente resignados a la voluntad de Dios, cada uno desearía cambiar la propia condición por la de los otros. Los que son obispos no querrían serlo; los que están casados querrían no estarlo, y los que no lo están desearían casarse. ¿De dónde nace esta inquietud generalizada de los espíritus, sino de una cierta alergia a lo que es obligación y de un espíritu no bueno que nos lleva a suponer que los otros están mejor que nosotros? » (SAN FRANCISCO DE SALES, Oeuvres, edic. Annecy, t. XII, 348-9). He hablado a la llana y os pido disculpas por ello. Pero os puedo asegurar que desde que he llegado a ser Obispo vuestro os amo mucho. Y con el corazón lleno de amor os imparto la bendición apostólica.

8. LA FAMILIA CRISTIANA

Discurso a los obispos de la XII región pastoral de Estados Unidos presentes en Roma para la visita « ad Limina Apostolorum »

Queridos hermanos en Cristo:

Es un verdadero placer para nosotros encontrarnos por primera vez con un grupo de obispos americanos que realizan la visita ad Limina. Os acogemos de todo corazón, queremos que os sintáis en vuestra casa, que experimentéis el gozo de encontrarnos juntos en familia. Nuestro gran deseo en este momento es confirmaros a todos en la fe y en el servicio al Pueblo de Dios; queremos mantener vivo el ministerio de Pedro en la Iglesia.

Las orientaciones de Pablo VI y del Concilio Desde que soy Papa he ido leyendo con gran atención las sabias enseñanzas que nuestro querido predecesor Pablo VI impartió este mismo año a los obispos de Estados Unidos sobre los temas del ministerio de la reconciliación en la Iglesia, de la protección y defensa de la vida, y del impulso de la devoción a la Eucaristía. Sus enseñanzas las hacemos también nuestras y os renovamos el aliento y las directrices que os dio en esos discursos.

Aunque somos nuevo en el pontificado --apenas un principiante--, queremos elegir igualmente nosotros temas que afecten en profundidad a la vida de la Iglesia y os sirvan de gran ayuda en vuestro ministerio episcopal. Nos parece que la familia cristiana es buen punto para comenzar. La familia cristiana es tan importante y su papel tan fundamental en la transformación del mundo y en la construcción del reino de Dios, que el Concilio la llamó « Iglesia doméstica » (Lumen gentium, 11).

Comunidad de amor
No nos cansemos nunca de proclamar que la familia es comunidad de amor: el amor conyugal une a los esposos y es procreador de vida nueva; es reflejo del amor divina y amor

comunicado; según las palabras de la *Gaudium et spes*, es participación actual en la alianza de amor entre Cristo y la Iglesia (núm. 48). A todos se nos concedió la gracia de nacer en tal comunidad de amor; nos será fácil, por tanto, defender sus valores.

Por ello, debemos estimular a los padres en su papel de educadores de los hijos; ellos son los primeros catequistas y los mejores. ¡Qué gran tarea tienen y qué reto! Enseñar a sus hijos a amar a Dios, a hacer de este amor una realidad de su vida. Y, por gracia de Dios, qué fácilmente aciertan algunas familias a cumplir la misión de ser *primum seminarium* (*Optatam totius*, 2); el germen de una vocación al sacerdocio se alimenta a través de la oración de la familia, el ejemplo de su fe y el apoyo de su amor. Mantenerse fieles a la ley de Dios y de la Iglesia. Qué cosa tan maravillosa es el que las familias caigan en la cuenta del poder que tienen en la santificación de los esposos, y de la influencia mutua entre padres e hijos. Entonces y por el testimonio de amor de su propia vida, las familias pueden llevar el Evangelio a los demás. La percepción vital de la participación del laicado --y especialmente de la familia-- en la misión salvífica de la Iglesia, es uno de los grandes legados del Concilio Vaticano II. Jamás podremos agradecer bastante a Dios este don.

A nosotros corresponde mantener fuerte esta convicción, sosteniendo y defendiendo a la familia, a cada familia y a todas las familias. ¡Nuestro propio ministerio es tan vital! Predicar la Palabra de Dios y celebrar los sacramentos. De aquí saca nuestro pueblo su fortaleza y su alegría.

También es tarea nuestra animar a las familias a mantenerse fieles a la ley de Dios y de la Iglesia. Jamás tenemos por qué temer anunciar todas las exigencias de la Palabra de Dios, pues Cristo está con nosotros y nos dice hay como antes: « El que a vosotros oye, a mí me oye » (Lc 10,16).

Sobre todo es importante la indisolubilidad del matrimonio cristiano; aunque sea una parte difícil de nuestro mensaje, la debemos proclamar fielmente como parte de la Palabra de Dios y parte del misterio de la fe. Al mismo tiempo hemos de mantenernos cercanos a nuestro pueblo en sus problemas y dificultades. Tiene que saber siempre que le amamos. Ofrecer íntegras las enseñanzas del Magisterio sobre la familia. Hoy queremos manifestaros nuestra admiración y alabarnos por los esfuerzos que hacéis para salvaguardar y mantener a la familia como Dios la ha hecho y como Dios la quiere. En todo el mundo las familias cristianas procuran responder a su maravilloso llamamiento, y estamos muy cerca de cada una de ellas. Los sacerdotes y religiosos se esmeran en sostenerlas y ayudarlas, y todos estos esfuerzos son dignos de las mayores alabanzas. Nuestro aliento va sobre todo a los que ayudan a los futuros esposos a prepararse al matrimonio cristiano ofreciéndoles las enseñanzas íntegras de la Iglesia y exhortándoles a los ideales más altos de la familia cristiana.

Deseamos añadir una palabra especial de encomio también a quienes, sacerdotes sobre todo, trabajan tan generosa y abnegadamente en los tribunales eclesiásticos y se esfuerzan, con fidelidad a la doctrina de la Iglesia, en salvaguardar el vínculo matrimonial, en dar testimonio de su indisolubilidad de acuerdo con las enseñanzas de Jesús, y en ayudar a las familias que lo necesitan.

Renovación a través de la santidad. La santidad de la familia cristiana es sin duda alguna el medio más apto para llevar a cabo la renovación serena de la Iglesia, que el Concilio deseaba con tanto afán; a través de la oración en familia la *ecclesia domestica* se convierte así en realidad efectiva y lleva a la transformación del mundo. Todos los esfuerzos de los padres por infundir el amor de Dios en sus hijos y sostenerlos con el ejemplo de su fe, constituye uno de los apostolados más excelentes del siglo XX. Los padres que tienen problemas especiales

son dignos de una atención pastoral más especial por parte nuestra, y merecedores de todo nuestro amor.

Las prioridades del Papa Queridos hermanos:
Queremos que sepáis hacia dónde van nuestras prioridades.

Hagamos cuanto podamos por la familia cristiana a fin de que nuestra gente pueda realizar su gran vocación con alegría cristiana y participar íntima y eficazmente en la misión de salvación de la Iglesia --la misión de Cristo--. Estad seguros de que contáis con todo nuestro apoyo en el amor del Señor Jesús. Os damos a todos nuestra bendición apostólica.

9.

PREOCUPACION POR LOS PROBLEMAS MORALES Y SOCIALES DE ROMA Discurso al Alcalde de la ciudad

Honorable señor Alcalde:

Le estoy vivamente agradecido por esas expresiones deferentes y sinceras que Ud., en representación también de sus colegas de la Administración Pública y de toda la población romana, ha querido dirigirme durante el itinerario que desde la residencia Vaticana me lleva a la Catedral de San Juan de Letrán.

La Urbe civil
Esta parada intermedia al pie de la colina del Capitolio tiene para mi un especial significado, no solamente por el cúmulo de recuerdos históricos que aquí se entrecruzan e interesan conjuntamente a la Roma civil y a la Roma cristiana, sino también porque me permite tener un primer contacto directo con los responsables de la vida ciudadana y de su recta ordenación. Se trata, por tanto, de una ocasión propicia para expresarles mi más cordial saludo y mis mejores deseos.

Los problemas de la Urbe, a los que con fundada preocupación ha aludido Ud., me encuentran particularmente atento y sensible a causa de su urgencia, de su gravedad y, sobre todo, de las desazones y de los dramas humanos y familiares, de los cuales no raramente son el signo manifiesto. Como Obispo de la Ciudad que es la sede primigenia del ministerio pastoral que se me ha confiado, me llegan más agudamente al corazón esas sufridas experiencias y me siento estimulado por ellas a la disponibilidad, a la colaboración y a la aportación de orden moral y espiritual que corresponde a la específica naturaleza de mi servicio, para poderlas, al menos, aliviar. Y esto lo digo no solamente a título personal, sino también en nombre de los hijos de la Iglesia de Dios aquí en Roma: de mis colaboradores los obispos, de los sacerdotes y de los religiosos, de los miembros de las asociaciones católicas y de cada uno de los fieles, comprometidos de diverso modo en actividades pastorales, educativas, asistenciales y escolares.

La Urbe cristiana
La esperanza, cuyo eco he sentido con agrado en su cortés saludo, es para nosotros los creyentes --como recordé en la audiencia general del pasado miércoles-- una virtud obligatoria y un don precioso de Dios. Que sirva para despertar, en cada uno de nosotros y, confío también, en todos los conciudadanos de buena voluntad energías y propósitos; que sirva para inspirar iniciativas y programas, con el fin de que esos problemas tengan la

solución conveniente y Roma permanezca fiel, en los hechos, a aquellos ideales inconfundiblemente cristianos que se llaman hambre y sed de justicia, activa contribución a la paz, dignidad suprema del trabajo humano, respeto y amor para con los hermanos, solidaridad a toda prueba con los más débiles.

10. JUAN PABLO I OBISPO DE ROMA

Homilía en la toma de posesión de la basílica de San Juan de Letrán

Agradezco de corazón al cardenal Vicario las delicadas palabras con las que --en nombre también del consejo episcopal, del cabildo lateranense, del clero, de los religiosos, de las religiosas y de los fieles --ha querido expresar la devoción y los propósitos de activa colaboración en la diócesis de Roma. Primer testimonio concreto de esta colaboración es la suma ingente recogida entre los fieles de la diócesis y puesta a mi disposición para proveer de temple y de estructuras parroquiales a una barriada periférica de la ciudad, privada todavía de esos esenciales elementos comunitarios de vida cristiana. Doy las gracias, verdaderamente conmovido.

I. La fisonomía cristiana de la Urbe
El maestro de ceremonias ha elegido las tres lecturas bíblicas para esta celebración litúrgica. Las ha juzgado adecuadas y yo voy a tratar de explicáros las. La Ciudad de Pedro, centro de la Iglesia católica La primera lectura (Is 60, 1-6) puede aplicarse a Roma. Todos sabéis que el Papa adquiere su autoridad sobre toda la Iglesia en tanto en cuanto que es Obispo de Roma, es decir, sucesor de Pedro, en esta ciudad. Gracias especialmente a Pedro, la Jerusalén de que hablaba Isaías puede ser considerada una figura, un preanuncio de Roma. También de Roma, como sede de Pedro, lugar de su martirio y centro de la Iglesia católica se puede decir: « Sobre ti viene la aurora de Yavé y en ti se manifiesta su gloria. Las gentes andarán en tu luz » (Is 60, 2-3). Recordando las peregrinaciones de los Años Santos y las que continúan efectuándose en los años normales con afluencia constante de fieles, se puede, con el profeta, hablar enfáticamente a Roma así: « Alza en torno tus ojos y mira: ... Llegan de lejos tus hijos... pues vendrán a ti los tesoros del mar, llegarán a ti las riquezas de los pueblos » (Is 60, 4-5). Es esto un honor para el Obispo de Roma y para todos vosotros. Pero es también una responsabilidad.

Ciudad de la Paz
¿Encontrarán, aquí, los peregrinos un modelo de verdadera comunidad cristiana? ¿Seremos capaces, con la ayuda de Dios, Obispo y fieles, de realizar aquí las palabras escritas por Isaías a continuación de las antes citadas, a saber: « No se hablará ya más de violencia en tu tierra... Tu pueblo será un pueblo de justos » (Is 60, 18-21)? Hace unos minutos, el profesor Argan, alcalde de Roma, me ha dirigido unas corteses palabras de saludo y augurio. Algunas de esas palabras me han recordado una de las oraciones que, de niño, rezaba con mi madre. Decía así: « los pecados que gritan venganza a los ojos de Dios son... oprimir a los pobres, no dar la justa paga a los obreros ». Por su parte, el párroco me preguntaba en la clase de catecismo: « los pecados que gritan venganza a los ojos de Dios ¿por qué son los más graves y funestos? » Y yo respondía según el catecismo de Pío X: « Porque son directamente contrarios al bien de la humanidad y tan odiosos que provocan, más que los otros, el castigo de Dios ». (Catecismo de Pío X, núm. 154).

Comunidad eclesial que preferencia a los pobres
Roma será una auténtica comunidad cristiana si Dios es honrado no sólo con la afluencia de

los fieles a las iglesias, no sólo con la vida privada vivida morigeradamente, sino también con el amor a los pobres. Estos --decía el diácono romano Lorenzo-- son los verdaderos tesoros de la Iglesia; deben, por tanto, ser ayudados, por quienes pueden, a tener más y a llegar a ser algo más, sin que se les humille y ofenda con ostentaciones de riquezas, con dinero derrochado en cosas superfluas, en lograr de ser empleado, siempre que sea posible, en empresas ventajosas para todos.

II. Construir una comunidad cristiana viva y operante
La segunda lectura (Heb 13, 7-8, 15-17, 20-21), se adapta a los fieles de Roma. La ha elegido, como he dicho, el maestro de ceremonias. Confieso que el que en ella se hable de obediencia me pone un poco en compromiso.

¡Hoy es muy difícil convencer cuando se enfrentan los derechos de la persona humana con los de la autoridad y de la ley! Libertad y autoridad En el libro de Job se describe un caballo de batalla: salta como una potrilla y bufa, escarba la tierra con la pezuña y luego se lanza con ardor; cuando suena la trompeta, relincha de júbilo; olfatea de lejos la lucha, oye los gritos del mando y el clamor de las formaciones (cf. Job 39,15-25). Símbolo de la libertad. La autoridad, en cambio, se asemeja al caballero prudente, que manta el caballo y, unas veces con voz suave, otras utilizando acertadamente las espuelas, las riendas o la frustra, lo estimula, o también modera su carrera impetuosa, lo frena y lo para. Poner de acuerdo a caballo y caballero, libertad y autoridad, ha llegado a ser un problema social. Y también un problema de Iglesia.

En el Concilio se trató de resolverlo en el cuarto capítulo de la Lumen gentium. He aquí las indicaciones conciliares para el « caballero ». « Los sacros pastores saben muy bien lo que contribuyen los seculares al bien de toda la Iglesia. Saben que ellos no han sido instituidos por Cristo para asumir por sí solos toda la misión de la salvación que la Iglesia ha recibido en relación con el mundo, sino que su magnífica tarea es la de apacentar a los fieles y reconocer sus servicios y sus carismas, de modo que todos concordemente cooperen cada cual en su medida, a la obra común » (Lumen gentium, 30). Y continúa: saben también los pastores que « en las batallas decisivas las iniciativas más acertadas parten a veces del frente» (ib. 37 nota 7).

He aquí, en cambio, una indicación del Concilio para el « generoso batallador », es decir para los seculares: al abispo «deben adhesión los fieles como la Iglesia a Jesucristo y como Jesucristo al Padre » (ib. 27).

Roguemos al Señor para que ayude tanto al Obispo como a los fieles, tanto al caballero como al caballo.

Comunión eclesial
Me han dicho que en la diócesis de Roma son muchas las personas que se prodigan por sus hermanos, numerosos los catequistas; otros muchos esperan sólo una leve señal para intervenir y colaborar. Que el Señor nos ayude a todos a constituir en Roma una comunidad cristiana viva y operante. No en balde he citado el capítulo cuarto de la Lumen gentium: es el capítulo de la « comunión eclesial ». Pero lo que allí se dice afecta especialmente a los seculares.

La **obediencia sacerdotal** **y** **religiosa**
Los sacerdotes, los religiosos y las religiosas tienen una posición particular, ligados como están por el voto o por la promesa de obediencia. Yo recuerdo como uno de los momentos solemnes de mi existencia aquél en que, puestas mis manos en las del obispo, dije: «

Prometo ». Desde entonces me he sentido comprometido para toda la vida y jamás he pensado que se tratara de una ceremonia sin importancia.

Espero que los sacerdotes de Roma piensen lo mismo. A ellos y a los religiosos, San Francisco de Sales les recordaría el ejemplo de San Juan Bautista, que vivió en la soledad, lejos del Señor, aun con su gran deseo de estar cercano a Él. ¿Por qué? Por obediencia. « Sabía --escribe el Santo --que encontrar al Señor fuera de la obediencia, es perderlo » (F. DE SALES, Oeuvres, Annecy, 1896 pág. 321).

III. La tarea de evangelizar
La tercera lectura (Mt 28,16-20) recuerda al Obispo de Roma sus deberes. Enseñar con estilo pastoral El primero es « enseñar », proponiendo la palabra del Señor con fidelidad tanto a Dios como a los que escuchan, con humildad, pero con valiente franqueza.

Entre mis santos predecesores Obispos de Roma hay dos que son también Doctores de la Iglesia: San León, el vencedor de Atila, y San Gregorio Magno. En los escritos del primero hay una línea teológica altísima y brilla una lengua latina estupendamente construida; no pienso qué le pueda yo imitar, ni siquiera de lejos. Él segundo, en sus libros, es « como un padre, que instruye a sus hijos y les hace partícipes de sus solicitudes por su salvación eterna » (I. SCHUSTER, Liber Sacramentorum, vol. I, Turín, 1929, pág. 46). Quisiera tratar de imitar al segundo, que dedica todo el libro tercero de su Regula pastoralis al tema « qualiter doceat », es decir, cómo el pastor debe enseñar. A lo largo de 40 capítulos, Gregorio indica concretamente varias formas de instrucción, según las diversas circunstancias de condición social, edad, salud y temperamento moral de los oyentes. Pobres y ricos, alegres y tristes, superiores y súbditos, doctos e ignorantes, descarados y tímidos, etc... todos están en ese libro, que es como el valle de Josafat.

En el Concilio Vaticano se consideró como algo nuevo el que se denominase « pastoral » no ya a lo que se enseñaba a los pastores, sino a lo que los pastores hacían para afrontar las necesidades, las ansias y las esperanzas de los hombres. Gregorio había ya puesto en práctica esa «novedad» muchos siglos antes, tanto en la predicación como en el gobierno de la Iglesia.

Celebrar bien la liturgia
El segundo deber, expresado con la palabra « bautizar », se refiere a los sacramentos y a toda la liturgia. La diócesis de Roma ha seguido el programa de la CEI « Evangelización y Sacramentos »; sabe ya que evangelización, sacramento y vida santa son tres momentos de un camino único: la evangelización prepara al sacramento y el sacramento lleva a vivir cristianamente a quienes lo han recibido. Quisiera que este gran concepto se aplicara cada vez con más amplitud.

Quisiera también que Roma diese el buen ejemplo de una liturgia celebrada piadosamente y sin « creatvidades » desentonadas. Algunos abusos en materia litúrgica han podido favorecer, por reacción, actitudes que han llevado a toma de posiciones insostenibles en sí mismas y en contraste con el Evangelio. Al hacer un llamamiento, con afecto y con esperanza, al sentido de responsabilidad de cada uno frente a Dios y a la Iglesia, quisiera poder asegurar que cualquier irregularidad litúrgica será diligentemente evitada.

Guiar y gobernar con amor
Y hémos aquí ya en el último deber episcopal: « enseñar a observar ». Es la diaconía, el servicio de guiar y gobernar. Confieso que, aunque haya sido yo veinte años obispo, en Vittorio Veneto y en Venecia, todavía no he «aprendido bien el oficio». En Roma, estudiaré en

la escuela de San Gregorio Magno, que dice: « Esté cercano (el pastor) a cada uno de sus súbditos con la compasión. Y olvidando su grado, considérese igual a los súbditos buenos, pero no tenga temor en ejercer, contra los malos, el derecho de su autoridad. Recuerde que mientras todos los súbditos dan gracias a Dios por cuanto el pastor ha hecho de bueno, no se atreven a censurar lo que ha hecho mal; cuando reprime los vicios, no deje de reconocerse, humildemente, igual que los hermanos a quienes ha corregido y siéntase ante Dios tanto más deudor cuanto más impunes resulten sus acciones ante los hombres » (Reg. past. porte II, cc. 5 y 6 passim).

Termina aquí la explicación de las tres lecturas. Pero séame permitido añadir una sola cosa: es ley de Dios que no se pueda hacer bien a alguien si antes no se le quiere bien. Por eso San Pío X, al entrar como Patriarca en Venecia, exclamó en San Marcos: « ¿Qué sería de mí, venecianos, si no os amase? ». Algo parecido digo yo a los romanos: puedo aseguraros que os amo, que solamente deseo serviros y poner a disposición de todos mis pobres fuerzas, todo lo poco que tengo y que soy.

11. LA VIRGEN, ESTRELLA DE LA EVANGELIZACION EN AMERICA LATINA

Mensaje a los obispos y fieles del Ecuador

Venerables hermanos y amadísimos hijos del Ecuador:

Con sumo gusto queremos unir nuestra voz a la vuestra, desde esta Roma centro de la catolicidad, para tributar un homenaje de filial devoción y amor a nuestra Madre del cielo, la Santísima Virgen María.

Sabemos que estáis celebrando el III Congreso Mariano Nacional, bajo el lema: El Ecuador, por María a Cristo. Haced de este lema todo un programa de vida y de acción apostólica. María, la Madre de Cristo, Madre de la Iglesia y Madre dulcísima de cada uno de nosotros, sea siempre vuestro modelo, vuestra guía, vuestro camino hacia el Hermano Mayor y Salvador de todos, Jesús.

Y sea también Ella, en este momento difícil y lleno de esperanza, la estrella de la evangelización en Ecuador y en toda América Latina. Con gran afecto paterno y en unión de plegarias os bendecimos a todos, Pastores y fieles del Ecuador, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. amor, su justicia, su salvación, por medio de la palabra y del ejemplo, ante sus vecinos, los pueblos de Asia.

Y sabemos que disponéis de un instrumento excepcional a este respecto: Radio Veritas. Tenemos esperanza firme de que Filipinas utilizará este medio magnífico, y todos los demás a su disposición, para anunciar con la Iglesia entera que Jesucristo es el Hijo de Dios y el Salvador del mundo.

Enviamos un saludo a todas las Iglesias locales, especialmente a los sacerdotes y religiosos. Les exhortamos a una santidad de vida cada vez mayor, como condición para la eficiencia sobrenatural de su apostolado.

Amamos y bendecimos a las familias de vuestras diócesis y a todo el laicado. Pedimos a los enfermos y minusválidos que comprendan el alcance de su importante papel en el plan de Dios y se den cuenta de lo mucho que depende de ellos la evangelización.

A vosotros, hermanos, os impartimos nuestra bendición apostólica especial pidiendo para vosotros gozo y fortaleza en Jesucristo.

1. Yo soy el puro y pobre polvo

«No sé qué ha podido pensar el Señor, qué ha pensado el Papa, qué ha pensado la divina Providencia de mi. Estoy pensando en estos días que conmigo el Señor pone en práctica su viejo sistema: saca a los pequeños del lodo de la calle y los coloca en alto, arranca a las gentes de los campos, de las redes del mar, del lago, y hace de ellos apóstoles. Es su viejo sistema. Ciertas cosas el Señor no las quiere escribir ni en bronce, ni en mármol, sino nada menos que en el polvo, para que si queda lo escrito, no borrado, no disperso por el viento, quede bien claro que todo es obra y todo es mérito del único Señor. Yo soy el pequeño de antes, yo soy el que viene de los campos, yo soy el puro y pobre polvo; sobre este polvo el Señor ha escrito la dignidad episcopal de la ilustre diócesis de Vittorio Véneto. Si sale algo bueno de todo esto, que quede claro desde este momento: es sólo fruto de la bondad, de la gracia, de la misericordia del Señor»

(Homilia de 16 de enero de 1959, en Canale d'Agordo)

2. El catecismo

«Si abandonáis el catecismo no sabréis qué medios utilizar para que sean buenos los pequeños y los mayores. ¿Recurriréis a la "dignidad humana"? Los pequeños no comprenden qué es eso, y a los mayores les importa un bledo. ¿Iréis con "el imperativo categórico" por delante? Peor que peor... Se dice que también la filosofía y la ciencia son capaces de hacer buenos y nobles a los hombres. Pero no hay punto de comparación con el catecismo, que enseña en breve la sabiduría de todas las bibliotecas, resuelve los problemas de todas las filosofías y satisface las búsquedas más penosas y difíciles del espíritu humano».

(Catequesis en migajas, 1949)

3. De fórmulas que parecían áridas, surge una flamante santidad

«Mantengámonos unidos a la hora de enseñar las mismas cosas: no opiniones más o menos respetables, sino lo que el Magisterio de la Iglesia propone... El criterio de catequizar es, pues, el depositum custodi de san Pablo, y no el otro, que a veces se usa: «"¿Qué es lo que gusta? ¿qué es lo que hoy va de moda? ¿qué es lo que hará que parezca yo al día y brillante?"... Con el Papa exhorto a no tener demasiados prejuicios contra el uso sabio y moderado tanto de las fórmulas como de la memorización. De acuerdo, saber de memoria no es saber... Sin embargo, una fórmula comprendida y recordada de memoria es como una percha, de la que, a pesar del paso de los años, siguen colgados los conocimientos religiosos más importantes. Ciertas fórmulas de química y álgebra, algunos artículos fundamentales del código, porque exigen precisión, se aprenden de memoria en el instituto y la universidad. Ahora bien, ¿existe un código más comprometedor que las verdades religiosas y los preceptos morales? Se dice

que las fórmulas son áridas. También una cerilla parece árida pero al restregarla produce llama. Aquí en el Véneto tenemos el caso de santa Bertilla Boscardin, que conoció casi sólo el catecismo de fórmulas. Se lo había dado el párroco cuando era jovencita; se lo llevó al convento; lo leía y releía sin parar; se lo encontraron en el bolsillo de su ropa tras su muerte. Estaba casi desgastado, pero la santa, de aquellas fórmulas que parecían áridas, había sabido hacer que brotara una flamante santidad».

(Homilía a los catequistas, Venecia, 29 de octubre de 1977)

4. Marcos parece haber visto

«San Marcos, por sintaxis, vocabulario, construcción y elaboración de la frase, es un pobre escritor. Pero es vivaz, pintoresco: por eso gusta. Sólo Marcos reproduce tal cual, en arameo, ciertas frases pronunciadas por Jesús. Esta por ejemplo: "Talitá kum", "Hijita, ¡levántate!". Esta otra: Eloi, ¿lama sabactani?", "Dios mio, ¿por qué me has abandonado?". Todo esto ayuda a ver y sentir el ambiente palestino. Más que enseñar, Marcos describe: parece haber visto».

(Homilía de la fiesta de san Marcos, Venecia, 25 de abril de 1974)

5. La evidencia de los hechos

«Dice san Pablo: "...Fue sepultado, ...resucitó al tercer día, ...se apareció a Cetas, luego a los doce. Después se apareció una vez a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales todavía la mayor parte viven y otros murieron... Luego se apareció a Santiago, más tarde a todos los apóstoles; y después de todos ... se me apareció también a mi" (1 Cor 15, 4-9). Pablo usa aquí cuatro veces el verbo aparecer, insistiendo en la percepción visual; ahora bien, el ojo no ve nada interior, sino exterior a nosotros, una realidad distinta de nosotros, que se nos impone desde fuera. Esto aleja la tesis de la alucinación, de lo que, por lo demás, fueron los apóstoles los primeros en tener miedo. Ellos pensaron en primer lugar que veían un espíritu, no al verdadero Jesús, quien tuvo que tranquilizarles: "¿Por qué os turbáis...? Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo. Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo" (/Lc/24/38). Ellos seguían sin creer, por lo que Jesús les dijo: "¿Tenéis aquí algo de comer? Le dieron un trozo de pez asado, y tomándolo, comió delante de ellos" (/Lc/24/41-43). La incredulidad inicial, pues, no fue sólo de Tomás, sino de todos los apóstoles, gente sana, robusta, realista, alérgica a las alucinaciones, que se rindió sólo ante la evidencia de los hechos.

Con un material humano de este tipo también era muy improbable pasar de la idea de un Cristo que merecía revivir espiritualmente en los corazones a la idea de una resurrección corporal a fuerza de reflexión y entusiasmo. Entre otras cosas, en lugar del entusiasmo, tras la muerte de Cristo, había en los apóstoles sólo desazón y decepción. Además no tuvieron tiempo: ¡en quince días un fuerte grupo de personas, no acostumbradas a la especulación, no cambia completamente de mentalidad sin la ayuda de sólidas pruebas!.

(Homilía de la vigilia pascual, Venecia 21 de abril de 1973)

6. De vieja gnosis se trata

«¿Teología nueva?» ¡Bienvenida sea! Sin embargo, a veces nos engañamos: no se trata de nueva teología, sino de vieja gnosis. Reaflora, en efecto, a menudo la mentalidad presuntuosa de los antiguos gnósticos: "¡Nosotros damos explicaciones a nivel de altísima ciencia, nosotros nos comemos las pobres, rancias y superadas explicaciones del Magisterio!". Vuelve también el método de la gnosis: es decir, tomar los temas y los términos de la fe católica, pero sólo parcialmente, arrogándose el derecho de tamizarlos y seleccionarlos, de entenderlos a nuestra manera, de mezclarlos con ideologías extrañas y fundar la adhesión a la fe no en la autoridad divina, sino en motivos humanos; por ejemplo, en esta o aquella opción filosófica, en la coincidencia de un tema dado con determinadas decisiones políticas abrazadas con anterioridad».

(Homilía sobre Cristo liberador, Venecia, 7 de marzo de 1973)

7. Quietismo y pelagianismo

«...no tengo ningún deseo de convertirme en heresiólogo; sin embargo, a veces siento fuerte dentro de mí la tentación de señalar huellas de quietismo y semiquietismo, de pelagianismo y semipelagianismo en escritos y discursos que, o describen el trabajo pastoral como si todo dependiera de los hombres o de las técnicas sociológicas, o hablan de nosotros, los pobres humanos, como si no tuviéramos ya nada que ver con el pecado».

(Invitación al clero para los ejercicios espirituales, Venecia, 5 de agosto de 1974)

8. El amor a la Tradición

«No se hace necesario hoy recomendar el estudio y la lectura devota (que no es estudio) de la Biblia: por suerte, ambas cosas han entrado en los corazones después del Concilio. Os recomiendo, en cambio, el amor a la Tradición: no seáis de esos que, deslumbrados y ciegos, más que iluminados, por algún relámpago, piensan que el sol existe sólo desde este momento y que a todo le quieren dar la vuelta y cambiar». (Comienzo de curso del seminario, Venecia, 20 de septiembre de 1977)

9. Sólo Dios puede tocar el corazón

«Uno de los obispos más brillantes fue san Pablo apóstol, quien decía de su predicación en Corinto "Yo eché la semilla, pero nada hubiera ocurrido si Dios no la hubiera hecho crecer". No es cuestión de correr, es cuestión sólo de misericordia y delicadeza de Dios. Yo, obispo, y mis sacerdotes podemos instruir, iluminar, convencer también, pero no más; sólo Dios puede tocar el corazón y convertirnos».

(Primera homilía en la Catedral, Vittorio Véneto, 11 de enero de 1959)

10. El pecado cometido se convierte casi en una joya

«En Pascua, Dios espera. Un prodigio que regresa le da más consuelo que noventa y nueve que siguieron siendo fieles; dada su infinita misericordia, mientras un pecado aún por cometer es evitado a costa de cualquier sacrificio, el pecado ya cometido se convierte en nuestras manos casi en una joya, que podemos regalar a Dios para darle el consuelo de perdonar. ¡Intentémoslo! Uno queda como un señor cuando se regalan joyas». (Carta a los fieles de Vittorio Véneto, 7 de febrero de 1959)

11. El cónclave

«Un escrito de san Bernardo se utilizó una vez de una manera muy curiosa. Ocurrió durante un cónclave para elegir al papa, los cardenales estaban muy indecisos sobre a quién elegir. Uno de ellos pidió la palabra e hizo la siguiente reflexión: "Queridos colegas, el criterio que hay que seguir en este momento ya fue expuesto con claridad y limpidez por san Bernardo en la carta tal y tal: "Si alguien es sabio, que nos dé buenas lecciones; si tiene piedad, que ore por nosotros; si es prudente, que nos gobierne". Arrodillémonos, pues, ante aquellos que entre nosotros son sabios y tienen piedad, pero elogiemos a aquel que está dotado de prudencia"».

(Elogio de la prudencia. Discurso en la Universidad Federal de Santa Maria, Brasil, noviembre de 1975)

12. Roma y los pobres

«Algunas de sus palabras [del alcalde de Roma] me han hecho recordar una de las oraciones que de muchacho rezaba con mi madre. Decía así "Los pecados que gritan venganza ante Dios son... oprimir a los pobres, robarles a los obreros en su salario". A su vez, el párroco me preguntaba en la escuela de catecismo: "Los pecados que gritan venganza ante Dios, ¿por qué están entre los más graves y funestos?". Y yo respondía con el catecismo de Pio X: "!. .. por ser directamente contrarios al bien de la humanidad y tan odiosos que provocan, como ningún otro, los castigos de Dios". Roma será una verdadera comunidad cristiana si honra a Dios no sólo con la afluencia de los fieles a las iglesias, no sólo con una vida privada vivida con morigeración, sino también con el amor por los pobres. Estos -decía el diácono romano Lorenzo- son los verdaderos tesoros de la Iglesia; quien pueda, pues, debe ayudarlos para tener y ser más sin ser humillados y ofendidos con riquezas ostentadas, con dinero derrochado en cosas fútiles y no invertido -cuando fuera posible- en empresas de interés común».

(Basílica de san Juan de Letrán, 23 de septiembre de 1978)

